

La Golondrina,



HOJA LITERARIA Y DE VARIEDADES.

LAS PRODUCCIONES DE MUJERES ANTIOQUEÑAS TENDRAN PUBLICACION PREFERENTE.

EDITOR Y AGENTE GENERAL, JUAN J. BOTERO.

1.ª SERIE.

MEDELLIN, DOMINGO 17 DE JULIO DE 1881.

NUM. 5.ª

LA GOLONDRINA.

A "LA GOLONDRINA".

He sabido con pena, amada mía, que estás resentida y colérica conmigo.

Tienes razon: te calumnié.

Y te calumnié, no por abusar de la libertad ilimitada de la prensa, sino porque me arrastró este mi carácter impaciente que no aguarda.

Golondrinita! te dije "ya no te quiero."

Mentí.

Aun cuando hubieras cometido una falta, habria seguido queriéndote como te quiero y te querré.

¿Con razon cuánta mayor habré de seguir queriéndote despues de ver, como he visto, que tu aparente falta fué solo falta del *repartidor*?

Acabo de leer la primera parte de la bellissima carta de Not á N. N.: quedé convencido de que la cubriste con tus alas y la alimentaste y la embelleciste y la mandaste hasta mi pobre hogar.

Si no llegó á él no es culpa tuya.

Te doy, pues, un millon de satisfacciones; y te ruego que no creas que te cambio por la *Paloma*.

Te dije infiel, porque tenia celos de tí; y tú sabes que los celos son pasion ciega, arrebatada y loca.

Hoy, convencido de que nunca fuiste infiel, caigo á tus piés arrepentido.

Si yo fuera *Otelo* te habria asesinado; y esta-

ria llorando hoy y lloraria como llorará eternamente el verdugo cruel de *Desdemona*.

Afortunadamente, y por respeto á la Constitucion de Rio-Negro, no tan solo te dejé vivir, sino que no toqué ni una pluma de tu manto azul ni el blanquísimo plumon de ese tu pecho blanco.

Dáme un besito, Golondrina!

Tan amigos como ántes.

Hechas ya las paces, prosigamos.

Te tengo preparado un cuento en tres capitulos que, espero, recibirás con amor y dará contento á tus lectoras. No sé cuando vendrá si viene, pero, por si viene ó nó, voy á decirte otra cosa.

Yo no quiero robar á J. J. B. los besos que le diste cuando la mañana estaba hermosa y cuando el claro sol se alzaba en la cresta de la montaña, disipando las nieblas en el risueño valle del "Aburra", á la vez que un aircillo fresco, muy fresco, que bajaba de Santa-Helena.

Yo no quiero robar su aire ni cortar su vuelo á tus alitas inquietas que van mojando á intervalos sus plumas en el arroyo de la montaña.

J. J. B. te dijo bienvenida: y yo te digo, bienvenida á esta tierra Golondrina.

Nunca nos dejes.

Tu ala sesga, envidia del telégrafo, trajo hasta mi cantos de Schiller.

Al pasar para la casa mia, me mandó contigo

J. J. M. sus páginas íntimas, y lloré con F. C., y *quise morir* con E. V.

Y sentí con delicia el aguijón de Scorpionii;

Y evocando recuerdos tan dulces cuanto amargos, volví á ser jóven y te ofrecí con Sulia: "Blanda cama y suaves misiones".

Y oí á Notocantando en tu corniza.

Y admiré por centésima vez á A. M. del V.

Y sufrí los blandos golpes de Don Juan del Martillo.

Y aprendí en Fanny lo que era entónces y lo que es ahora.

Y no pude ménos de admirar á F. J. C.

Y enrobusteci mi alma y mi corazón, con las palabras de M. U. A.

Y aunque triste, humilde y pecador, me incliné, y quedo, pidiendo á Dios que te dé, para tus alas, plumas tan blandas, tan castas, y voladoras como las que hoy las cubren.

C. A. E.

SEÑOR JUAN JOSÉ BOTERO:

Con el mayor gusto hemos leído por acá los que formamos la colonia antioqueña, amigos de las letras, no de las mercaderías del país, para enviarles á esas buenas gentes, los primeros números de su apreciable *Golondrina*. Si, al llegar á nuestras manos la simpática viajera, recordamos nuestra patria local, nuestro pueblo, la *manga* del Curá, el naranjo de la vecina, el huerto de la casa paterna; y vinieron también entre sus alas, rayos de Camilo, ondas de Gregorio, sollozos de Federico y preludios de Cano, de Tobon, de Restrepo y de tantos otros jóvenes amigos de la *ya* ciencia que empiezan á germinar en el suelo de Aranzazu.

Felicito cordialmente á usted por el placer que nos proporciona, y por el servicio que está prestando á la literatura colombiana.

Bogotá es un foco ardiente de intelectualidad: aquí la política con sus grandes cuestiones sola con fuerza titánica sobre todos los círculos: los hombres de mas mérito del país (muchas lastimosas nulidades) están aquí en diversos óvidios campamentos, en lucha permanente de ideas: la juventud de toda la República con su brio, su decision y su entusiasmo, comunica el fuego que, en gran parte, alimenta la inmensa caldera.

I cosa rara: todos los Estados nos parecen cercanos, amigos, conocidos, hermanos: solo Antioquia apenas si se ve allá en lontananza de algunos años á hoy: encastillados en esas montañas, mas se nos parecen ustedes á un retazo de otra nacionalidad que á un miembro poderoso de la Union Colombiana. Por eso cuando un sacudimiento político nos llama á ustedes con la espada al cinto á vencerlos en Garrapata ó á sostener en Santa-Rosa el régimen liberal, más vamos como á una guerra con los Zulúes que á una entrevista con hermanos.

¿Habrá alguna explicacion, aparte de lo que en él influyen la topografía, lo físico de esa seccion, para este hecho: para esta situacion, anomalía de los antioqueños? Creo que si; pero no

quiero en esta carta mezclar la política para nada, ni las apreciaciones que salgan de lo que pudiera llamarse lectura de pasatiempo.

Siempre ha tenido fama esa verde Irlanda de privilegiada para las artes y para la literatura, si es que la literatura no es un arte también; y con la "Antioquia literaria" "El Condor" y otras publicaciones, y ante todo con los ejemplos vivos ya citados, y con M. U. A., Agripina Móntes y Epifanio Megía, y Eduardo Villa, corroboraría cualquiera su juicio en la materia. Por eso *La Golondrina* ha sido recibida con general aplauso: porque usted, mimado hijo de las Musas, sabrá elegir los materiales, seleccionándolos por su mérito intrínseco, sin olvidar, desde luego, que usted redacta un periódico medellines y no madrileño; no le digo bogotano, porque acá no estamos muy bien tampoco: pues en su tarea le ayudarán todos los amigos de reputacion en el país; y porque la paz de que empieza á gozar ese Estado es garantía de la existencia de su periódico y con ella las suscripciones aumentarán dia por dia, asegurando el porvenir de la empresa.

Dejando ya las digresiones precisas á esta mi primera carta, empezaré á hablar á usted y á mis lectores del aspecto material de Bogotá. Hace tiempo que soy santafereño y á buen seguro que en lo que diga á usted sobre esta Babilonia, como dicen algunos paisanos, no se me quedará nada en el tintero.

Bogotá, situada al pié de los cerros de Monserrate y Guadalupe (en cuyas cimas hay dos capillitas bastante visitadas y muy dignas de serlo por la perspectiva admirable de la ciudad í sabana); es una poblacion de un aspecto muy triste: ni un árbol, ni un pájaro que cante; ni una hoja que caiga, ni una quinta graciosa que embellezca ese horizonte siempre uniforme y á las veces nebuloso y oscuro. Las casas y calles son feas, bajas y torcidas en lo general: no son los edificios imagen de un soldado ni de un elegante de pié; son imagen viva de un capuchino encorvado, cavando su sepultura. Dije en lo general, porque de algunos años á esta parte la calle Real y la calle de Florian, el Capitolio y la iglesia Catedral, que es magnífica, han dado cierto tinte de vida á las innumerables y agachadas iglesias y casas españolas de la laya mas espantosa. La desamortizacion hizo aquí obra piadosa: los antiguos feos conventos y aun muchos templos han sido hermoseados para edificios públicos: Pestalozzi derrotó completamente á San Benito, San Francisco y demas fundadores de órdenes monásticas.

La admirable estatua de Bolívar embellece la plaza de la Constitucion: es grato al transeunte filósofo detener el paso al pié del monumento y fijar la mirada en aquella faz ardiente, descarnada, límpida, y al través del inerte bronce sorprender aún los rayos que brotan esos ojos, las recónditas lucubraciones de ese espíritu inmortal que parece, con la mirada fija en el Capitolio, la espada desnuda en la mano, velando incansable por la prosperidad de la América.

No sucede lo propio con la estatua de Santander en la Plaza del mismo nombre, antigua de San-Francisco; es un jardín bastante bueno ro-

deado de una verja airosa y con tránsito de coches á los cuatro costados. "El hombre de las leyes", en el centro, sobre un pedestal bastante elevado, más parece un gigante estroboico que un hombre de gavinete, de facciones finas. de maneras cultas, si bien de un temple á la Barreiro. Efectivamente esta estatua, dicen los peritos que es detestable. Ensarto aquí una crónica que no es crónica: como en esta plaza estaba primitivamente la capilla del Humilladero, tenida por reliquia sagrada, como cosa de la conquista, por mucha parte de la población, y esa capilla fué arrasada por manos de la escuela política de Santander, y como á este se le ha tenido por ciertas gentes cierta antipatía, hasta el punto de negarle sus grandes méritos como padre de la patria libre, en los días que siguieron á la inauguración de la estatua aparecía ella cubierta de barro y basura todas las noches, hasta que la autoridad castigó á los piadosos antisantanderistas humilladeristas. Hoy, merced á la verja ya mencionada y al amor ilustrado á nuestros próceres, el escándalo ha cesado.

Las plazas de San-Agustín (en que están los parques nacionales), y la de San-Diego, asilo de locos, han sido mejoradas notablemente. La Torre de Malakoff, casa del señor Gutiérrez Nieto, el Estado mayor general y la casa del Arzobispo, son edificios de primera fuerza, en esta ciudad que unos llaman de los Zipas, otros de los Zapos, y yo, la ciudad más sabrosa para vivir.

Ya tendré ocasión de continuar esta carta en el próximo correo.

Bogotá, Junio 7 de 1881.

Su atento servidor,

LUIS DE MALAGRIDA.

HELENA.

ÚLTIMOS INSTANTES DE UNA VÍRGEN.

A la señora doña Corina Márquez de S. y á las señoritas Laura, María Antonia y Margarita Sanín, á petición de mi esposa.

"Ayes daré para llorar su muerte
Pero no puedo levantarle un canto."

EPÍFANIO MEJÍA.

I

Entre un grupo de viajeros
Que de Bogotá se aleja,—
Pensativa, indiferente,
Pálida como la cera,
Con la sonrisa en los labios
Y en los ojos la tristeza,—
Se ve á la siempre adorable,
La dulce y graciosa Helena,
Hito de su familia,
De su hogar la linda estrella
Que espanta suaves fulgores,
Que á todo encanta y alegra,
Que cambia en risas el llanto
Y en auroras las tinieblas. . . .
Mas, ay! de sus labios huyen
Las sonrisas hechiceras,
Y de sus rasgados ojos
Salen miradas que hielan,
Que son miradas de muerte
Las que sus ojos destellan. . . .

Y cada vez que sonríe
Su boca pulida y fresca,
Se advina la amargura
En esa sonrisa tierna;
Y en sus profundas miradas,
Antes alegres é inquietas,
Se ven del alma las sombras,
Se ve su ignorada pena. . . .
Al inclinarse, blanca, mustia,
Esa frente de princesa,
Frente allí como el martirio
La resignación se muestra.
Ay! en torno de la virgen,
Con incesante impaciencia,
El ángel de los sepulcros
Sonriendo, invisible, vuelan
La joven sintió ese vuelo. . . .
Ha sentido que la besa
El ángel triste que apaga
Con su aliento la existencia.
Ha sentido el soplo helado
Que su corazón penetra. . . .
Y creyendo que ya tiene
La corona de azucenas,
Postrer adorno del mundo,
Emblema de la pureza,
Su pálida frente inclina,
A su Dios el alma eleva,
Con la sonrisa en los labios
Y en los ojos la tristeza.

II

Oh, qué bella está la virgen
Con su misteriosa penal
Pero cuán triste, Dios mío,
Cuán lúgubre es su bellez
Oh, cuánto dolor inspira
Su encantadora presencial
Cuánto hacen llorar á el alma
Esos encantos de Helena,
Que piensa ya en el sepulcro
Recordando á los que dejá
Aunque su postrer momento
Ya próximo considera,
Hace un esfuerzo en el alma
E intenta ocultar la pena,
Que del padre cariñoso,
De la hermana amante y tierna
A las almas afligidas
Arroja sombras que hielan.
Pobre padre, pobre hermana
Y pobre tú misma, Helena
Tal vez, ay! por tu memoria
Lúgubres, sombríos vuelan
Recuerdos de tu pasado
Que en otra época fueran
Bellos astros de alegría,
Y no pálidas estrellas
Que contemplas en la noche
Ya triste de tu existencial
Tal vez la imagen querida
De la madre que te espera,
Olvidando que en el mundo
Todo es engaño y miserias,
Se habrá fijado en tu mente
Sonriéndote amante, Helena!
Tal vez lloras á escondidas,
Comprendiendo que contemplas
Por última vez la imagen
De la que, amorosa, áhela
Contra su pecho estrechaste
Y besar tu frente bella. . . .

Pobres hermanos, que ansiosos,
A quien no han de ver, esperan!
*Pobre padre, pobre madre,
Y pobre tú misma, Helena!*

III

Tristes, mudos, los viajeros
Al pueblo vecino llegan.
Es preciso detenerse,
Que la simpática enferma
Languidece y se marchita,
Como la blanca azucena
Se muere sobre la roca
Calcinada en que vegetal....
Está inmóvil en su lecho
La seráfica belleza....
Y el ángel de muerte, al lado,
El fatal instante espera
En que aspirará con ansia
El perfume que le queda
A la simpática flor
Que se marchita en la tierra!
Inútil es el esfuerzo
Que hace con afán la ciencia
Para quitarle a la muerte
El tesoro que se lleva!
Inútiles las plegarias,
Las lágrimas y las quejas
De los que, al marcharse el ángel,
Quedarán en las tinieblas!
Sus pechos se despedazan
Sus almas se desesperan,
Y despreciando este mundo,
Quisieran morir con ella!

.....
Helena, Helena... no huyas,
No abandones la existencia!
No inundes con mar de llanto
Tantas almas que quisieran
Darte su luz, y tomar
Las sombras que te rodean!
Oh, no abandones el mundo
Que alegras con tu presencia;
Espera la edad amarga
Para volar de la tierra;
Espera los desencantos
De la mísera existencia,
Para cambiar este valle
De llanto, por gloria eterna!
De la madre que te adora,
Al ménos, espera, Helena,
El desesperado beso
Del adiós, y esas postreras
Caricias que á el alma triste
Suprema angustia le cuestan!
Pero, ay! eres impotente
Para tan grande exigencia!
Te espera el cielo! Es preciso
Volar á la azul esfera,
Dejando aquí los pesares,
Dejando aquí las tinieblas!
Vete, vete, ángel precioso!
Vete, pues que al fin te esperan
Tus compañeros de gloria,
Los que aquí sobre la tierra
Llenaron de luz tus sueños
Y forjaron las quimeras
Que á tus ojos impidieron
Ver del mundo las miserias!
.....
Ya la virgen se estremece,
Ya el último instante llega....
Sus dulces y bellos ojos

Ya para siempre se cierran;
Y la sonrisa del muerto,
Amarga y triste, aunque bella,
Se muestra en sus blancos labios
Y en el cielo se refleja!
Se acaba, al fin, el aliento....
Ya las pulsaciones cesan....
Y de la virgen el alma
El vuelo tiende y se eleva,
*Dejando aquí los pesares,
Dejando aquí las tinieblas!*

IV

Todo acabó! Blanca estatua
Es cuanto en el mundo queda!
Estatua hermosa que el mundo
Admirará con tristeza;
Pues hay en ella algo grande
Que impone la reverencia:
Hay en ella un algo santo
De que no es digna la tierra,
Devoradora insaciable
De tanto encanto y belleza:
Hay en ella un algo puro
Y sublime, cuya esencia
El infelice inmortal
En vano explicat intenta!
No es esa belleza fría
Que amable la muerte hiciera
Ni ese silencio que encanta
A el alma triste y poética,
Ni es esa quietud que impone,
Ni es esa magnificencia
De lo tristemente hermoso
Que inalterable conserva
Esa deidad que embellece
Del sepulcro las tinieblas!
No son esas formas niveas
Deslumbradoras y yortas,
Ni es ese cuerpo gentil
Ni ese rostro de azucena
Ni esas manos primorosas
Que, amante, la muerte estrecha!
¿Será la expresion sublime
De imperturbable paciencia,
En la cual brilla del mártir
La tranquilidad excelsa?
¿Será la sonrisa vaga,
Humilde, dulce y tan bella
Como si el alma inocente
En ella volado hubiera?
¿Será el misterioso sello
De la virginal pureza
Que adora el alma de hinojos
Y, amante, besar quisiera
Cual se besan los querubes,
Como las flores se besan?
Oh, nadie podrá decirlo!
Pero es tanta la grandeza,
Es tan amable el misterio
Que aquel triste cuadro encierra,
Que el alma adora la muerte,
Y alegre la tumba encuentra,
Ve del cielo los encantos
Y del mundo las miserias,
Al contemplar á la virgen
De quien no es digna la tierra,
*Devoradora insaciable
De tanto encanto y belleza!*

V

Todo acabó! Tierra extraña
Cubre ya tu cuerpo, Helena,

Y otras aves y otras brisas
Van á gemir en tu huesa,
Que abandonada y oculta,
Léjos de tu patria queda!
Todo acabó... Ya tu padre,
Tu padre infeliz, te deja,
Te deja tu pobre hermana,
Te dejan, todos, Helena!
Ay, quien regará de flores
Tu sepulcro! Cuando crezcan,
Para ocultarlo, las rudas,
De los muertos compañeras,
Cuál será la blanda mano
Que con amor y paciencia
Llegue á quitarle al olvido
Ese pedazo de tierra!
Quién coronará tu cruz
Con blancas rosas y adelfas!
Ay, quien llorará á su pié
Tristes lágrimas, Helena!
Adios, adios! Sin amigos,
Léjos de los tuyos quedas...
Mas, quién podrá comprender
Sus crueles y amargas penas!
Quién comprenderá la angustia
De la madre que te espera,
*Ovidando que en el mundo
Todo es engaño y miseria!*

VI.

Helena, allá en ese cielo
Radiante de gloria excelsa,
No olvides á los que lloran,
No olvides á los que quedan
En este valle de llanto,
En esta triste existencia!
Ruega, Helena, por tus padres,
Por todos los tuyos ruega,
Por dichosos é infelices
Por la humanidad entera;
Y no olvides en tus ruegos
Al que con pobres violetas
Tejió la humilde corona
Que á tu memoria le ofrenda,
Ni á la que alegra mi vida
Y mis pesares aleja,
Que tanto lloró tu muerte,
Que tanto te amaba, Helena.
.....
Y en noche oscura y callada,
Cuando los mortales duermen,
Desciende en nubes de rosa
Á la terrenal esfera,
Y preséntate en el sueño
De los que lloran tu ausencia.
Dile á tu affigido padre
Que la vida aquí en la tierra
Es interminable lucha
Que desde la cuna empieza
Para acabar en la tumba,
Al terminar la existencia.
Que para salir triunfante
Y glorioso y digno, de ella,
Basta la fe del cristiano,
Resignacion y paciencia,
Ver en el mundo un destierro
Y en la vida una cadena...
Dile á tu infelice madre,
Victima de tantas penas,
Que del hogar en el ara
Infinito amor ofrenda,
Que tanto sufre en silencio,
Que tanta plegaria eleva,

Del Poderoso esperando
En la caridad inmensa,—
Dile que el Señor escucha
Tantas súplicas sinceras,
Dile que su amargo llanto
El angel del bien aprecia,
Y que cada gota vale,
Cuanto en ella se refleja
De la fe los resplandores,
Delicias miles, inmensas,
Que á el alma fuerte y amante
Allá en tu mansion esperan.
Dile que á la gloria siempre
Guía dolorosa senda,
Que las almas afligidas
Son las que mejor Dios premia

.....
Y al volver al Paraíso
Radiante de gloria excelsa,
No olvides á los que lloran,
No olvides á los que quedan,
*En este valle de llanto,
En esta triste existencia!*

Medellin-1878.

CAMILO BOTERO GUERRA.

EL MANDADERO.

(TIPOS).

Todo pueblo tiene sus especialidades en materia de costumbres; de la variedad de estas nacen los diferentes caracteres en los hombres, que vienen á formar lo que llamamos tipos.

Si mis fuerzas lo permiten, presentaré un ejemplar de uno que está bien determinado y que lo conocemos, quiera que no quiera, al viajar, muy particularmente por el Estado.

"EL MANDADERO"

Vamos á cualquiera de nuestros pueblos, de paseo, á una fiesta, en asuntos políticos, á negocios comerciales, como se quiera.

Avistados estamos con las primeras casas y llegando con ese aire de viajeros que se conoce á leguas: sombrero con el ala vuelta contra los rayos del sol, envuelto en el cuello un gran pañuelo de seda, guantes hasta los codos, zamarras hasta el hombro, abrumados por el cansancio y en una chachuda mula, *plan plan plan*, á paso de camino.

Pisámos las primeras calles de un lugar que no conocemos, ignorando por dónde se vá á la plaza, quien vive aquí, quien mas allá y sobre todo, sin atrevernos á preguntar por la casa de hospedaje, creyendo tal vez importunar á los curiosos que se asoman á las puertas por vernos llegar.

De pronto un muchacho cariraido, con blusa de bayeta en jirones, legado de un soldado, su amigo, cuando hubo tropa en el pueblo, con las piernas del pantalón y las mangas de la blusa riendo por codos y rodillas, sombrero con la mitad del ala arrancada y la otra mitad cojida con una aguja enhebrada en cabuya, fumando un largo chicote ó silbando la *diana* con la claridad de un turpial, se nos llega con franqueza y llevando marcialmente la mano á su vieja gorra, nos saluda:

—Como está caballero.

—Bien le contestámos.

—Y no parece, nó por nada, sino porque la mula viene ya un poco *chanjuanada*; y *busté* si que viene *quemao*; y esos caminos que estarán hechos un demonio; y *onde* dejó el *pión*?; y *onde* se va á *apias*?; y....

—Hola, muchacho, le interrumpimos ¿hay aquí algun hotel?

—Ni lo piense mi *Don*; pero *ende* Doña Pia hay manga, y cama, y *máis*, y sirven la mesa *pal macho* y *pá busté*, y camine *puesta* calle....

Y nuestro tipo, reanudando la *diana* interrumpida, patojeando y apartando las piedras que se interponen á su paso, echa adelante con un aire de superioridad ante los vecinos ó curiosos que nos ven y que parece decir:

“Qué sencillos son, no saben quien és y yo sí”.

Y aquel nuestro cicerone, amigo íntimo de dos minutos, sin habernos conocido ántes, así nos habla:

—Y si que haría dias que no venia por aquí; y ahora sí que tiene buen macho; ¿no sabe que ya quitaron de Alcalde á don Valentin?, por *entrugas* y *enriedos* de *Verruga*, porque lo *topó* tallando....

¡*Hijo é pucha!* más vale llegar á tiempo que ser *convidado*; esta noche *tá* la cosa *caliente*; se casó Doña *Esmeregülda* y una hija de *la ña Punucena*; á *busté* siempre lo convidan á la fiesta de los *señores* porque es *blanco*, y *contrimas*, quien vá á esos *bailes* de *garvate* á que le *jumen* la *pechera*, *gu* le *bañen* la *mocha*....

Quimbas, le grita á otro patojo su dependiente al pasar por una casucha: *andá traime* los terneros que ya yo *toy* comprometido con este *blanco* á *cuidale* el macho y á *velo* sus cosas....

Y sigue silbando por las estrechas callejuelas del pueblo, poniendo duro seño á los guijarros que encuentra regados á su paso, como quien dice:

“Apartaos piedras que os destripo”.

Luego nos sigue enseñando, sin preguntarle, curiosidades lugareñas como estas:

—Aquí vive Don *Bregorio*, y es el mas rico, y vá á lá *villa* por *compras*, ese sí es macho *pes* no se le *apia* en *toos* el camino; y la *ña cuasi* ni se peina, ni se pone *anteriores*, y vive así, porque no le dejan casar con un *cómico* de la maroma de esos que hacen cubiletos....

Isque son las mujeres muy *noveneras* con los *melitares* y con los *comediantos*, dice el cura.....

Y ahora que *mentamos*, aquí *tuvo* el *comendante* y me quería llevar *pá tambor*, y se le *engamó*, y yo le cuidaba el caballo, *pregunti* verá....

—Adios *Lungo*, le grita otro muchacho que está trepado en un árbol.

—La *tuya* contesta *Lungo*, pues han de saber, que este es el apodo de nuestro oficioso é improvisado amigo, el cual sigue andando con el mayor desparrajo, con dominio absoluto sobre nuestra personalidad que ya cuenta en el bolsillo.

Regularmente esta clase de muchachos son conocidos con algun apodo.

Lungo llaman á nuestro tipo y *Lungo* tiene que hacer con todos en el pueblo.

El sabe donde amanece el caballo del cura; trae

las vacas del alcalde; lo conoce y lo llama la lora de Doña *Sinfioriana*; es aguador en varias casas; *desyerba* los enlozados; sabe dar el “*Avemaria*” en la campana; baña el perro de Don *Gregorio*; lo encargan de toda compra en tienda ó en mercado, que en el ejercicio de las funciones de mandadero, no se queda con un cigarro.....

Pero sigamos nuestra llegada al pueblo.

Alfin despues de atravesar algunas callejuelas, nos dice *Lungo* parándose frente á una puerta:

—Aquí és, y con el mayor aplomo grita:

Adios Doña Pia.

Aquí viene un señor á que le dé posada, pero abrá ligero que es un *blanco delicao*.

Abre doña Pia, nos hace entrar á una *sali-tienda*, y nos regala por asiento para descansar, un taburete forrado en crudo cuero.

Lungo desensilla, nos quita espuelas y zamarros, le pone maiz á la bestia, y dicta disposiciones tan terminantes respecto á nuestra llegada, que no deja recurso de apelacion.

A poco oimos que habla en la cocina con las dependientes de Doña Pia á las cuales les dice:

Piuu es un *blanco* que viene de *Uropa gü* de Cartajena, y no come cualquier cosa, sinó carnes *mtriadas* y *cafeses* de los que comen los ingleses; *bustedes* verán cómo se *enteligencean*, sino hay *panettrigo* manden á comprar, y *delen brandis* que eso es lo que bebe.

Lungo nos pide las señas del peon, para ir á su encuentro, y sale patojeando y silbando *diana* por todo el pueblo, dando cuenta al vecindario de nuestra llegada.

A la salida encuentra al paje á quien conduce á nuestra posada, y á quien no le deja tocar la bestia que ya le pertenece para cuidarla.

Lo tutea, le propone cambio de navajas, y lo lleva á que gaste su real en colacion ó frutas.

Durante nuestra permanencia en el pueblo, *Lungo* se instala en la posada, hasta que volvemos á dejar esa tierra.

Hace comparaciones con nuestra persona, vestido, y aperos de montar.

Así era, dice, el *cheteque* del *Comendante*; y el ingles que buscaba minas y cojía cuarrones tenia un *velo* lo *mesunio*, pero se ponía *puenainas* sin zamarros; y Don *Endalcio* tenia un sombrero de *pijapaja* igual, y era gente bizarra, me puso en la mano cuando *siba* una *cincana*, (toque preventivo)

Lungo es pronto como una flecha y muy despavilado, lo que no me esplico siendo en su pueblo la gente toda tímida y retraida.

Para él lo mismo es tratar con un pobre estudiante que vuelve de las vacaciones al Colegio, que con un médico; con un comerciante, que con un general; á todos ofrece y presta sus servicios con voluntad, tratándolos con la mayor intimidad y silbando su eterna *diana*.

Lungo es muy amigo de los forasteros, pero no conoce otro mundo que los contornos de su pueblo porque nunca le ha dado por viajar.

Quién se vá de su tierra á rodar, nos decia; algunos piensan cojer el cielo con la mano y se dejan engatuzar, y *diay* se van y se *pijan*, y sobre todo, aquí me va muy bien; y cuanto *chim-*

bo consigo lo guardo *pa apuntame al bisbis y comprar voladores en fiestas.*"

Lungo no es hombre de muchas ambiciones, pero si una Providencia, un gran recurso, un rico hallazgo para el pobre viajero por estos nuestros pueblos tan escasos, á veces, de las comodidades de las grandes capitales.

Lungo participa del *gamin* de Paris, y del *chino bogotano*, pero ni es lo uno ni lo otro; es un tipo de nuestra tierra que todo el que haya viajado por ella lo conoce.

Es:

"EL MANDADERO".

JUAN J. BOTERO.

DOLORA.

LO QUE ES EL OLIMPO.

¿Qué es el Olimpo?—Para el niño un juego
De pájaros, de músicas y flores.—
¿Qué es para el jóven? Lupanar de amores,
Eterna forma del Eliseo griego.

¿Qué es para el hombre?—Para el hombre ciego
Es un templo de glorias y de honores,
Y el viejo se lo finge, en sus dolores,
Como un rincón de paz y de sosiego.

Y el viejo ya seil *gen* que convierte
Del Olimpo la espléndida morada?—
En un *no ser*, que es ménos que la muerte.

¡Así, la infancia y la vejez helada
Van cambiando el Olimpo, de esta suerte,
En flores, en amor, en paz, en *adal*

CAMPOMAMOR.

IMPROVISACION.

Á JOSÉ A. BÁRROS.

Y viniste de allá, desde el Atlántico,
Y aquí buscaste en tu camino fin!
Todo hiciste, mas no me diste un cántico
Que vuele de la *Costa* á Medellín.
Mas preso estás en estas breñas horribidas
Donde el sol brilla en Cielos sin confín,
Do no verás en las arenas tórridas
La fosfórica estela del Delín.

Y preso quedarás hasta que alzándose
Oiga tus cantos en la patria mía
Y tu voz y mi voz juntas mezclándose
Puedan cantar de tu venida el día.
Álzalo toma la pluma! Estro munitífico
Alza en esta, la pobre patria mía,
Porque el vibrar de tu laud magnífico
A mi pecho dará paz y alegría.

Medellín, 6 Julio 1881.

C. A. E.

Á CAMILO A. ECHEVERRI.

Yo que dejando el proceloso Atlántico
Vine á buscar la bella Medellín,
Quiero Camilo decarte un cántico
Aquí do puse á mi camino fin.
Y así saldré de aquestas breñas horribidas
Donde el sol brilla en cielo sin confín,
Donde no miro en las arenas tórridas
La fosfórica estela del Delín.

Esecharás mis cánticos alzándose
Escasos de dulzura y melodía,
Mas si los oyen á tu voz mezclándose,
Algo tendrán de gracia y poesía. . . .
Toma pues esa pluma! Estro munitífico
Alza en esta tu patria una canción,
Porque al vibrar de tu laud magnífico
Sentiré palpar mi corazón.

JOSÉ A. BÁRROS.

Medellín, 6 Julio 1881.

EL RECLUTA.*

Un cuerpo compuesto no se parece frecuentemente por sus cualidades y caracteres, á las propiedades de sus componentes; lo que equivaldría á decir en otros términos, que el todo no es igual á todas sus partes juntas.

El café, despues de haber sido puesto en infusion en una buena máquina, es un líquido negro, aromático, estimulante y difusivo por excelencia. Si en ese estado lo toma una persona, produce efectos de excitacion general muy marcados, y si la persona fuere de temperamento esencialmente nervioso, sentirá despues de haberlo bebido, extrañas y poderosas impresiones. En gentes dotadas de ese degradado temperamento, hay algunas que despues de haber hecho uso de tan deliciosa bebida, sienten que su circulacion se hace mas activa, que sus funciones intelectuales se ejercen con tanta luzidez, que hasta tienen la pretension no solo de poseer gran talento sino tambien la de ser genios.

Pasado el primer efecto, los individuos que habian sentido transitar por sus cordones nerviosos ondulaciones como conducidas por un fluido eléctrico, van cayendo gradualmente en una laxitud y tristeza que los convierte en seres profundamente desgraciados: sienten casi con dolor, son temerosos, pierden el sueño, se hacen convulsos y tocan en las fronteras de una positiva enfermedad. Mas que alimento, el café es un licor espiritioso y mas que nutrir, embriaga.

La leche es un líquido blanco con reflejos opalinos, ligeramente azucarado, refrescante y delicioso. La leche contiene principios alimenticios tan suaves y delicados, que con razon ha dispuesto la Providencia que sea la primera señal de bendicion que hace caer del seno amoroso de la madre sobre el labio delicado del infante.

En el aspecto de la leche hay como un tipo genuino de inocencia, como un agrasajo hecho por la materia á las necesidades del hombre; se bebe y hay satisfacion, se digiere y hay fuerza. Despues de hacer uso de ella, el organismo se siente como agradecido por el beneficio que recibe.

Ya sabemos lo que es el café y ya sabemos lo que es la leche. En cuanto al azucar, no ignoramos que es el emblema de la dulzura.

Compongamos ahora.

* Artículo escrito en treinta minutos sobre tema dado.

Pongamos partes iguales de leche y de café, y agreguemos, para endulzar, un pedazo de azúcar. Qué es eso? Es café? No. Es leche? Tampoco. Qué es, pues? Es café con leche. Líquido moreno, cremoso, ligeramente aromático, agradable sobre toda ponderación y sin que muestre un átomo siquiera del carácter tóxico del café negro ni una partícula de la acción neutra de la leche.

Café con leche, sustancia tónica, fresca en sus efectos y en alto grado reconstituyente. Pasemos á otra cosa.

Hay un hombre. Supongamos que es un campesino honrado, pacífico, laborioso, atento, inofensivo como suelen serlo la mayor parte de los labradores. No hay que temer ese hombre.

Hay por ahí en un rincón un fragmento de hierro, cilíndrico, ahuecado y dispuesto en cierto modo sobre un pedazo de madera. En tanto que por ahí esté no inspira ni inquietudes ni zozobras.

Sobre el mostrador de los comerciantes vemos una pieza de paño colorado ó de bayeta amarilla sin que nos alarmen; pero con esos géneros se puede hacer un chaquetón. El chaquetón tampoco tiene gran importancia. Compongamos.

Traemos el campesino; amarrado, con mucha frecuencia. Lloro el pobrecito, echa de ménos el halago cariñoso de la madre, el afecto de los hermanos, el frescor del río vecino, la belleza de su heredad, las noches en familia, la amistad con el vecino y acaso los amores con la prima.

Sin embargo, ya le tenemos en el cuartel. Pongámosle ahora el chaquetón, armémosle con el remington, digámosle para qué sirve la bayoneta, para qué la cápsula, hagámosle dar algunos movimientos de conversión á derecha é izquierda y coloquémosle lúego de centinela en el cuerpo de guardia ó mandémosle á desempeñar una comision.

Qué es eso? Es un hombre? No. Es hierro? Tampoco. Es paño ó es bayeta? Nada de eso. Qué será, pues? ¡Un demonio!

MANUEL URIBE A.

CHAMARASCA.

SEÑOR JUAN J. BOTERO.—*Presente.*

Querido *co-golondrino* !
Esta tiene por objeto
Me saques hoy de un aprieto
Que me tiene hasta mohino.

Una duda contumaz,
En mi mente se ha posado;
Me tiene tan fatigado
Que no puedo aguantar mas.

Don Palurdo Chiribista
Que ya frisa en los noventa,
Más feo que una tormenta
Pero----gran capitalista,

En matrimonio se ha unido
A la niña Cármen Rosa,
Sin duda, la más hermosa
De las que al mundo han venido.

¿Cármen Rosa se casó
Por amor á Chiribista?
¿O por ser capitalista
Con la plata ella se unió?

Sé que resolver podrás
En un *trís trás* este asunto;
A mi carta pongo punto
Y espero contestarás.

Julio-1881

Yo.

SEÑOR YO.—*Presente.*

Ignoro de Cármen Rosa
Qué interés tuvo al casarse,
Si por el oro cambiarse
O por amor ser dichosa.
Mas observo que la hermosa
Cármen Rosa que es muy lista,
Del compadre Chiribista
La fortuna malbarata,
Gastando á rodo la plata
Con-----su primo Bautista

J. J. B.

VARIEDADES.

Bievenida.—Se la damos muy afectuosa á nuestro jóven amigo el doctor Hermenegildo Botero Guerra, quien despues de haber permanecido mas de tres años en Europa adelantando sus conocimientos en Medicina, viene á ejercer la profesion, en la cual le deseamos prósperos resultados.

Las noticias que tenemos de la consagración de este estimable é inteligente jóven, su mucho juicio y brillantes aptitudes, nos hacen esperar páginas de gloria para la ciencia y consuelos positivos para la humanidad doliente.

Felicitamos cordialmente á su familia por el justo contento de que se halla poseida en estos momentos y á nuestra sociedad por la adquisicion que ha hecho.

Despedida.—Nos ha recomendado el estimable caballero señor José A. Barros, para que á su nombre la demos á la culta ciudad de Medellín, por seguir el para Barranquilla, su suelo patrio, en donde nos dice podrán ocuparlo las personas que, dándole mano de amigo en esta capital, lo han favorecido con finas atenciones.

Popayán, Junio de 1881.

Señor Jesus María Barco.—Medellin.

Debo á la fina atención de usted el número 1.º de "La Golondrina" que mas bien me ha parecido turpial; gracias, mil gracias, querido amigo mio.

Todo cuanto proviene de Antioquia tiene para mí un encanto indefinible. No sé por qué amo tanto ese pais, del cual apenas conozco una pequeña parte de tierra y la dulzura de sus melodiosos cantores.

No desmayen ustedes en su labor.
Yo desde acá les digo las palabras que encabezaba mi *Aurora*;
"Gloria al que un lauro obtenga cuando lucha,
sin que ayes de dolor en torno escuche."

Suyo de corazón,

ANTONIO MUÑOZ FELDÓ.